

La epifanía silenciosa*

Por lo general, y al margen de los valores que revele, el primer libro de un escritor lleva la marca de la inmadurez: una relación no del todo resuelta con el lenguaje, cierta inseguridad en el tono y en el manejo de las técnicas narrativas, en fin, variadas y múltiples huellas de la iniciación. Sin embargo, nada de ello ocurre con este excelente conjunto de relatos de Sylvia Iparraguirre —que con toda justicia mereció el Primer Premio Municipal de Literatura de la ciudad de Buenos Aires para obra inédita en 1986—, donde desde la sutileza en el manejo de las atmósferas externas y psicológicas hasta la capacidad para variar el registro de la escritura de acuerdo con la naturaleza de la trama desarrollada, confirman en la idea de una larga familiaridad con las palabras y una singular maestría narrativa.

En el párrafo anterior utilicé deliberadamente la palabra «relato» pues la mayoría de los textos de Sylvia Iparraguirre pertenece a esa forma peculiar de la narrativa breve —magistralmente practicada por Chejov, Katherine Mansfield y la brasileña Clarice Lispector, entre otros—, en la que aparentemente nada ocurre en el sentido de acontecimientos que transformen el destino de los protagonistas, pero donde se juega todo en el plano de la experiencia interior de los personajes o en el de la aprehensión profunda de su subjetividad.

Dicha cualidad, simultáneamente epifánica —en el sentido que Joyce dio al término— y silenciosa, es para mí el rasgo más característico de su escritura, y así sus relatos están marcados por la huella de «lo no dicho», de lo apenas entrevisto, lo cual les confiere una levedad y una transparencia casi únicas entre los narradores de la nueva generación.

Un segundo factor de unidad entre los diversos textos, íntimamente relacionado con el anterior, es la ubicua voz narrativa, la cual si bien tiene la suficiente ductilidad como para encarnarse con total verosimilitud en el atribulado lingüista de *De carne somos* —narración en la que luego me detendré con más detalle por su admirable manejo del humor— o en la vieja dispuesta a hacerle frente al demonio de *La vigilia* —acertada incursión en el terreno del cuento fantástico—, va dibujando, en los restantes textos, una subjetividad femenina a la que definen una mirada a la vez penetrante y recatada, capaz de registrar el más imperceptible y revelador matiz en el entorno y en los otros, y un difícilísimo tono menor, a partir del cual pueden filtrarse la poesía, el dolor y la locura que palpitan bajo la mansa apariencia de los seres y las cosas. Una subjetividad, además, que *sabe*, pero sin jamás afirmar o declamar su saber, por lo cual el lector

* En el invierno de las ciudades, de Sylvia Iparraguirre. Bs. As., Galerna, Col. La rosa de cobre, 1988.

—su gran cómplice e invitado principal a la aventura de iluminación de lo cotidiano que plantean los relatos— encuentra un espacio de exacta ambigüedad en el texto para construir su propio saber respecto de los personajes y las situaciones.

Asimismo, esa mirada, que es saber silencioso y pudoroso, tiene por momentos la facilidad de ubicarse en una perspectiva humorística frente a sí misma y a las criaturas de su mundo imaginario, oscilando entre un humor tierno que se compadece ante la desilusión de las hermanas de *Un lugar sobre los médanos* frente al palacio municipal del pueblo, tan alejado del de Cenicienta como la realidad lo está de los sueños; la ironía con que están retratados el inefable señor Medialdea y la suficiente y desolada Inesita de *A la sombra de Juan de Garay* y la desopilante sátira alrededor de la proverbial voracidad carnívora de los argentinos que configura *De carne somos*, donde el contrapunto entre la grotesca corte de los milagros, habitual en cualquier supermercado porteño de barrio —con sus «doñas» de amenazantes rúleros y ferocidad encubierta por diminutivos, sus gordos voraces y ventajeros, sus viejecitas italianas dignas de Vacca-rezza o Cossa— y el casi etéreo filólogo encerrado en su nube de palatalizaciones, desinencias y clásicos latinos, alcanza niveles antológicos.

Esta mínima exploración de los rasgos de escritura que hacen del volumen una unidad, quedaría incompleta si no señalara la conjunción entre naturalidad y rigor formal que se opera en la prosa de la autora, la cual fluye con una tersura y una limpieza impecables, que revelan el don poco común de transformar en sencillez y fluidez el concienzudo trabajo sobre el lenguaje.

Pero los rasgos mencionados no darían cuenta del valor cabal de este libro, si no insistiera en la profunda verdad humana que éste nos transmite, en la amorosa mirada al hombre y su circunstancia, en la sensibilidad extrema ante su grandeza, su ridiculez, su tragedia y su patetismo. Una mirada que conjuga la frescura adolescente con la sabiduría de la madurez, la ingenuidad de la infancia con el arte implacable para captar los costados ridículos o patéticos que dan los años.

Pasando ahora a los relatos en su carácter de mundos imaginarios, si bien se podrían hacer diferentes agrupamientos de ellos —sea por el tono, la configuración de la subjetividad narrativa, la apertura o el cierre de la trama—, me parece que lo más atinado es distinguir tres grupos. Por un lado, aquellos donde un episodio sin importancia produce la epifanía de los personajes y, por ello, lo más propiamente calificables de «relatos», que en el caso de la autora coinciden en el trazado de la subjetividad femenina narradora a la que antes aludí; por otro, los que ingresan en lo fantástico o se acercan a sus bordes, como *Marina*, *La vigilia* y *La deuda* y, por fin, las sátiras, más o menos feroces, de tipos sociales perfectamente reconocibles, como *De carne somos* y *A la sombra de Juan de Garay*. Fuera de ello, pues recoge algo de cada grupo, está *El dueño del fuego*, quizás uno de los relatos más memorables del libro, donde Iparraguirre articula la sátira, lo cotidiano, el poder piefánico de lo accidental y lo fantástico, con una conmovedora reivindicación de la dignidad cultural del indígena.

Creo, sin embargo, que destacar *El dueño del fuego* es, en cierta medida, injusto, pues implica ubicar en un nivel más bajo a los restantes relatos y si algo termina de conferir su unidad al libro, es el parejísimo nivel de las narraciones. Uno puede preferir, circunstancialmente o por afinidades personales, unos a otros, pero desde el punto de

vista estrictamente literario, no hay casi diferencia en su factura y su efecto sobre el lector. Si en geometría existiera un cuerpo tal —y si no existe, peor para la geometría—, uno podría decir que *En el invierno de las ciudades* es un tridecaedro perfecto.

Ternura, perfección formal, epifanía y pudor, saber que abre un espacio al lector, revelación de lo fundamental bajo la apariencia del «aquí no pasa nada», humor, ¿se le puede pedir más a un libro de relatos? Creo que no. Pero como Iparraguirre es muy generosa, hasta nos concede el privilegio de ser una mujer, con lo cual las feministas confesas podemos sonreírnos y decirles a los ilustrados machos pampeanos: «Vieron, las que ahora tenemos la palabra somos las mujeres.» Y los pobres no tienen más remedio que callarse la boca.

Cristina Piña

Los derechos humanos y la Iglesia chilena

De Medellín a Puebla

José Aldunate, Fernando Castillo y Joaquín Silva ofrecen en este libro los resultados de un interesante trabajo de investigación sobre un tema muy candente en Chile y fuera de Chile, especialmente a partir de 1973, relativo a los derechos humanos y la Iglesia chilena. Dividido en tres partes con sus correspondientes capítulos, la primera parte del libro titulada «Los derechos humanos en el magisterio de la Iglesia», a cargo de Aldunate, se refiere de un modo introductorio a la temática de los derechos humanos a la luz del pensamiento católico, sobre todo a partir del Vaticano II, buscando antecedentes teóricos en J. Maritain, presentando los documentos *Gaudium et Spes*, *Octogesima Adveniens* y *Evangelii Nuntiandi*. Posteriormente en esta primera parte se estudian las perspectivas pastorales doctrinales que ofrece la Conferencia de Medellín (1968) respecto a los derechos del hombre, observando Aldunate los documentos *Mensaje a los pueblos* y *Paz y justicia*. Se descubre en el lenguaje de estos documentos